

Atención a los marginados en los colegios de los jesuitas

Manuel Revuelta González

La historia de los colegios de los jesuitas durante los siglos XIX y XX muestra la evolución en el compromiso social, en la solidaridad y en el testimonio. Un repaso a las formas de atención a los necesitados, manifiesta cómo los condicionamientos históricos limitaron más de lo justo la acción y educación social de los colegios, que encarrilaron el socorro a los marginados por las vías demasiado estrechas de una caridad paternalista.

Si no se hizo todo lo que se debía, desde muy pronto hubo preocupación por el problema social y se buscaron algunas soluciones meritorias. Vista así, la historia se convierte en un factor interpelante que nos obliga a continuar una tradición educativa que, si quiere ser integral, cristiana e ignaciana, tiene que estar cada vez más abierta a ideales y acciones de solidaridad y justicia.

El tema, la cronología y el espacio

Necesariamente tenemos que ofrecer aquí una historia comprimida, y vamos a empezar delimitando el tema, la cronología y el espacio.

El tema queda enunciado en el título. Pretendemos exponer de qué manera se abordó en los colegios de jesuitas la cuestión social, entendiendo por ella el conjunto de problemas y soluciones sociales peculiares de la época contemporánea. Cómo se percibe y cómo se atiende, desde unos colegios de ricos, a los marginados, incluyendo entre éstos a todos los sectores necesitados, como eran las masas obreras que en el siglo XIX empiezan a llenar los suburbios de las ciudades o los campesinos sin tie-

rras en gran parte de la España rural. Aquella masa marginada era un material humano explosivo, carne de revoluciones, atraído por las doctrinas de redención que predicaban el socialismo y el anarquismo. La Iglesia no cerró los ojos ante este problema, y los jesuitas se destacaron en la promoción de la doctrina social cristiana (basta recordar a los PP. Vicent, Basté, Palau, Nevares y tantos otros). Nuestro objetivo es indagar si los jesuitas españoles, fueron sensibles a la gran cuestión social desde sus instituciones más numerosas y discutidas, como eran los colegios de segunda enseñanza; cuáles fueron las soluciones adoptadas, y si hubo en ellas una evolución.

La cronología. Podemos escoger dos fechas simbólicas para delimitar el espacio temporal en que nos situamos: de 1875 a 1975. Son cien años muy agitados política y socialmente. Tomamos como arranque la fecha de 1875, porque entonces acaban los tiempos difíciles del sexenio revolucionario, y comienza la restauración alfonsina, que es tiempo de paz y tolerancia. Y tomamos como punto final de nuestro recorrido la fecha de 1975, fecha simbólica para España (la muerte de Franco y el arranque de la democracia) y para la Compañía (Congregación General 32) que refuerza, en el decreto 4.º, el

cambio de actitud en los comportamientos sociales, iniciado diez años antes por el P. Arrupe).

Entre estas dos fechas transcurre un siglo muy agitado. La restauración alfonsina supuso para la Compañía un largo período de más de 50 años de desarrollo y progreso en todos los campos: misiones, predicación, enseñanza, asociaciones, propaganda, acción social.

En todos estos campos el influjo religioso de la Compañía era tan señalado, que suscitó fuertes oposiciones de carácter anticlerical, que culminaron, como es sabido, durante la II República con la disolución de la orden y la incautación de sus bienes en enero de 1932.

Acabada la guerra civil, la Compañía recuperó su influencia durante el franquismo, pero a fines de ese período, desde los años sesenta, experimentó también la crisis y renovación que desde el Concilio se habían extendido por toda la Iglesia.

El espacio. Una vez que hemos acotado el tiempo, hagamos la composición de lugar o lugares, que son los colegios de segunda enseñanza de los jesuitas. Los colegios que se fundan a lo largo de esos cien años se pueden encuadrar en tres mo-

mentos, según la cronología de su fundación:

Hay un primer grupo integrado por los que funcionan en el último cuarto del siglo XIX. Teniendo en cuenta algunos cierres y traslados, al final de ese siglo se mantienen los colegios de Orduña, Valencia, Zaragoza, Orihuela, La Guardia, Puerto de Santa María, Chamartín, Valladolid, Barcelona, Durango, Málaga (traslado de Sevilla), Gijón (traslado de Carrión), Tudela, Sarriá (traslado de Manresa) y Villafranca de los Barros. Se podrían añadir (aunque no eran colegios de segunda enseñanza) dos grandes instituciones escolares: la universidad de Deusto (1886) y el seminario de Comillas (1992).

Componen un segundo grupo los fundados en el primer tercio del siglo XX, que eran los externados de Sevilla (1904), Areneros en ICAI de Madrid (1909), Las Palmas de Gran Canaria (1917), Burgos (de 1919 a 1926), Indauchu de Bilbao y Oviedo (1921), Inmaculada de Barcelona (1927) y San Sebastián (1929). El de La Guardia se traslada a Vigo en 1916.

Los fundados a partir de los años cuarenta integran un tercer grupo. Los 14 colegios de fines del XIX, aumentados con los 7 externados que se crearon a principios del XX,

ofrecen la imagen del colegio clásico de los jesuitas. Los colegios que existían en 1931, antes de la disolución de la República, eran 21.

En total entran en siglo XX solamente 14 colegios de segunda enseñanza, con un total de alumnos

*los colegios decimonónicos
de los jesuitas eran colegios
de solera y para ricos;
toda la enseñanza media
era entonces, en todas partes,
una enseñanza privilegiada
y elitista*

cercano a los 3.500; un número no pequeño en su tiempo, pues todavía a finales del XIX sólo llegaban a 14.000 los alumnos de segunda enseñanza en los 59 institutos de España. En 1930, en vísperas de la disolución, los 21 colegios de jesuitas tenían en total poco más de 6.500 alumnos, atendidos por 416 profesores jesuitas y 115 seculares. Relativamente eran un número importante, el 8% de todos los alumnos de bachillerato en España, que eran unos 76.000. La enseñanza media era entonces, en todas partes, una enseñanza privilegiada y elitista.

Los colegios decimonónicos de los jesuitas se extendieron como una red por todas las regiones de España. Eran colegios de solera, arquetipo de la educación jesuítica, que han pasado a la literatura, con pinceladas unas veces negras y otras rosáceas. Colegios de solera; y además, colegios de ricos, que se distinguían por su elevado nivel social. Tener un puesto en el colegio de Sarriá era, según Gaziel, como tener un palco en el Liceo. Aunque había alumnos externos, eran los internos los que marcaban el tono y el estilo del colegio. Los internos pagaban unas pensiones anuales que oscilaban entre el máximo de 1.550 pesetas que llegaron a cobrarse en Chamartín, y el mínimo de las 600 que cobraban en Tudela. Las pensiones habituales, en torno a las 800 pesetas (durante nueve meses), podían considerarse moderadas, dados los precios de la época; pero resultaban del todo inasequibles para las familias obreras, cuyo salario medio rondaba las 3 pesetas diarias. Había también externos, que pagaban cuotas más moderadas, y había algunos pocos alumnos gratuitos; pero aun éstos, en todo caso, solamente procedían de las clases medias, nunca de los obreros, cuya única opción eran escuelas populares gratuitas, diurnas o nocturnas, totalmente distintas de los colegios.

La percepción del problema y los intentos de solución

Los colegios de jesuitas cayeron en la cuenta de la gravedad del problema social y de la situación de tantos marginados. Habría que estar ciegos para no sentirse, al menos, amenazados por unos conflictos sociales cada vez más graves. Es lógico pensar que hubo una evolución en las actitudes y soluciones adoptadas a lo largo del siglo que hemos delimitado. De momento podemos establecer dos períodos fundamentales, y dos maneras de actuar, antes y después de la guerra civil. Durante la restauración alfonsina (con la prolongación de los años de la república y de la guerra) puede decirse que predominan las soluciones de inspiración paternalista; a partir de la guerra civil, sin que desaparezca esa forma de actuar, se imponen poco a poco unas soluciones de inspiración solidaria y mayor compromiso social.

En ambos períodos se podría distinguir, al tratar de los colegios, una doble respuesta: a nivel institucional, mediante la creación de instituciones de carácter social promovidas por la Compañía como tal, o por los colegios en particular; a nivel pedagógico, que son los medios que utilizaban los jesuitas para enseñar a sus alumnos el

problema social, en teoría y en la práctica.

Soluciones de inspiración paternalista predominantes hasta 1939

Respuestas institucionales durante la restauración alfonsina. En 1931 se publicó un folleto apologético, *Los jesuitas en España*, que trata de la acción social, cultural, misionera y religiosa. El primer capítulo del folleto se dedica a las «obras benéfico-sociales», con la finalidad de desmentir la opinión generalizada de que los jesuitas solamente atendían a los ricos. Se habla allí de la enseñanza elemental y profesional que los jesuitas habían organizado en beneficio de las clases populares. Todas estas enseñanzas eran gratuitas, y el número de alumnos era considerable: «Pasan seguramente de cien mil los alumnos de ambos sexos y diversas edades que, gracias a esta labor, reciben instrucción moral, religiosa y ciudadana» (p. 45). El número de alumnos populares gratuitos era, según ese dato, 15 veces mayor que el de los colegios de pago.

El citado folleto afirma que «no hay casa alguna de jesuitas en España donde no se promueva, en diversas formas, la instrucción de la niñez y de la juventud». Las casas eran

principalmente las residencias y los colegios. La mayor parte de las escuelas gratuitas estaban sostenidas por las congregaciones o asociaciones de seculares que los jesuitas dirigían desde las residencias: las congregaciones marianas (los Luises sobre todo), el apostolado de la oración, la asociación de señoras católicas, los círculos, sindicatos y toda clase de patronatos. Estas asociaciones incluían entre sus fines el sostenimiento de centros educativos gratuitos, algunos de los cuales alcanzaron un desarrollo notable (escuelas del Clot en Barcelona, Patronado de la Juventud Obrera de Valencia, las escuelas de los círculos obreros de Valladolid y Burgos)¹.

Algunos colegios de segunda enseñanza sostuvieron también escuelas populares. Hubo *escuelas diurnas* en El Palo, Villafranca, Chamartín, Zaragoza, Orihuela y Valencia (donde se educaban 600 niños con 12 maestros). Funcionaron las *escuelas nocturnas* para obreros en los colegios de Zaragoza, Villafranca y Las Palmas. Las *escuelas profesionales* (de artes y

¹ E. PUIG I JOFRA, *L'Escola del Clot. Cent anys educant i aprenent*, Barcelona 2000. E. MAZA ZORRILLA, «Asociacionismo confesional en Valladolid. La Asociación Católica de Escuelas y Círculos de Obreros, 1881-1914»: *Investigaciones Históricas* 7 (1988), pp. 171-202. V. RUIZ DE MENCIA, *El Círculo, un siglo y una década después. 1883-1993*, Burgos 1993.

oficios como entonces se llamaban) fueron unas enseñanzas que apenas promovieron los jesuitas antes de la guerra. Las que se organizaron fueron obra de los círculos y patronatos (como las que había Valladolid,

*durante la restauración
alfonsina y la república,
predominan las soluciones
de inspiración paternalista;
a partir de la guerra civil,
se imponen poco a poco unas
soluciones de inspiración
solidaria*

Burgos y Valencia). Hubo dos casos pioneros, atendidos directamente por los jesuitas: ICAI en la temprana fecha de 1908 (escuela de aprendizaje para obreros) y la Fundación Revillagigedo de Natahoyo en Gijón en 1927².

² E. LULL MARTI, *Jesuitas y pedagogía. El Colegio San José en la Valencia de los años veinte*, Madrid 1997, pp. 502-506. C. LÓPEZ PEGO, *Historia del Colegio San José de Villafranca de los Barros*, 1994, pp. 106-124. A. CASTRO MERELLO, *Colegio San Ignacio de Loyola*, Las Palmas de Gran Canaria 1992, pp. 161-171. F. DE LASALA CLAVER, *Orihuela, los jesuitas y el Colegio de Santo Domingo*, 1992, p. 367. R. M. SANZ DE DIEGO, «ICAI-ICADE. Un centro educativo complejo y plural», en E. GIL, *La Universidad Pontificia Comillas*, Madrid 1993, p. 162.

Características. Estas acciones e instituciones benéfico-docentes se desarrollaron según los esquemas paternalistas del momento; esquemas que entonces parecían normales. Estas escuelas —en el caso de que estuvieran sostenidas por los colegios— eran centros paralelos a éstos, a lo más tangenciales, pero no integrados. Los jesuitas no enseñaban en ellas directa y personalmente; sino que asumían a lo más la dirección desde arriba. La enseñanza solía encomendarse a maestros seculares. En algún caso algunos profesores del colegio daban clase en esas escuelas (como sucedió, por ejemplo, al principio, en Villafranca), pero fue una excepción. Las escuelas populares dependientes de los colegios eran una obra de la institución. La intervención de los colegiales en ellas era nula. Perteneían a dos enseñanzas, dos mundos, dos clases separadas.

Las críticas no se lanzaron contra la separación y diversidad de las enseñanzas que se daban en el colegio de ricos y en la escuela de pobres (diurnas o nocturnas), pues ambos centros se consideraban diferentes por su finalidad y naturaleza. Lo que dio pie a las mayores críticas en el plano social eran las reales o supuestas desigualdades y discriminaciones que, dentro de los mismos colegios de bachillerato, se suponía que se daba a los colegiales, según

las diferencias económicas de sus familias. Aunque la mayor parte de los colegiales era de clase media-alta o alta, había también niños de familias de clases medias, sobre todo entre los externos, e incluso pobres, en el caso de alumnos gratuitos (que, aunque pocos, no faltaban), como podían ser los becarios o fámulos. Estas diferencias de trato no dejaban de ofrecer pábulo a los sectores más críticos³.

La respuesta desde niveles formativos y pedagógicos. Nos referimos a las atenciones al mundo de los marginados que se inculcaban a los alumnos de los colegios de bachillerato y a las acciones caritativas que se les animaba a practicar.

Una formación social integrada en la formación religiosa. Aquélla se consideraba parte esencial de ésta. La formación religiosa era intensa; y aunque se potenciaban demasiado los actos de devoción personal, se inculcaban también las virtudes comunitarias de caridad, solidaridad y justicia. El precepto evangélico de la caridad se expresaba en las obras de beneficencia y misericordia. Al realizar esas obras, el colegial no sólo prestaba un beneficio a los pobres o marginados, sino que además experimentaba, como bienhechor,

un doble provecho para sí mismo: la satisfacción por el cumplimiento de una obligación religiosa, y la enseñanza práctica que proporcionaba el contacto con un aspecto insoslayable del mundo real, cual era el mundo de los pobres y de la indigencia. De ese modo, la atención a los necesitados se incardinaba perfectamente en el esquema religioso-pedagógico⁴.

La formación social teórica era escasa. En el bachillerato no existía la asignatura de sociología y los deberes sociales sólo se estudiaban como apéndice a los deberes de la moral cristiana (cuarto mandamiento y obras de misericordia). Las academias o actos públicos solían ocuparse de temas de exaltación religiosa y patriótica o en recitales poéticos y literarios, pero no en temas sociales. Solamente al final de la época, cuando se palpaba la amenaza del socialismo revolucionario, se organizaron estudios de temas sociales (conferencias en Valencia, círculos de estudio católico-sociales en Valladolid y Curía, veladas sobre cuestión social en Villafranca). Iniciativas, como se ve, tardías y defensivas⁵.

³ M. REVUELTA GONZÁLEZ, *Los colegios de jesuitas y su tradición educativa (1868-1906)*, Madrid 1998, pp. 337-348.

⁵ E. LULL, *op. cit.*, pp. 510-514. L. FERNÁNDEZ MARTÍN, *Historia del Colegio San José de Valla-*

³ A. CASTRO MERELLO, *Alberti, colegial y marinero (Historia y poesía)*, Las Palmas 1992.

Las iniciativas prácticas fueron mucho más frecuentes y variadas, ajustadas siempre al esquema estratificado de la sociedad y a los medios de inspiración paternalista. Dos fueron sobre todo esos métodos: la limosna y los contactos personales.

Las limosnas se traducían a veces en el reparto de comida o ropa a los pobres. En tiempos de escasez se repartía comida en las regiones más amenazadas. En Villafranca, por ejemplo, en los años de principios de siglo, se repartía comida a los pobres dos veces por semana, y acudían de 150 a 400 pobres; en La Guardia, igualmente, se atendía a los pobres que acudían a mitigar su hambre, y cada día se repartía más de una arroba de pan⁶. Estos reparos masivos y diarios solían hacerse sin intervención de los colegiales.

En cambio, éstos intervenían en algunas comidas a los pobres que se daban en determinados días, con carácter festivo y litúrgico. El día de Jueves Santo solían servir comida a 12 pobres. La noticia de las cartas anuas de Villafranca, curso 1893-94, refleja bien la mentalidad con la

que se valoraban esas acciones caritativas: los alumnos «prepararon, a su costa, una comida para 130 pobres, y ellos mismos actuaron como sirvientes en el patio central del colegio, ante una gran concurrencia. No se sabe qué cosa resultó más agradable, si la solicitud y alegría de los chicos al ofrecer su propia acción, o el contento y admiración de los pobres, al ver que recibían aquellos servicios de los hijos de las principales familias». Hoy, cuando vemos algunas fotografías, con los colegiales ceñidos con un delantal, a guisa de camareros, con la cinta de la congregación al cuello, nos recuerda el remedo de algunos actos de caridad que hace Buñuel (antiguo alumno de Zaragoza) en la película «Viridiana».

Como recurso de pedagogía social, acaso fueran más eficaces los contactos directos de los colegiales o congregantes con los necesitados. Se pretendía con ello fomentar lo que en las conferencias de San Vicente de Paúl se llamaba «limosna espiritual», es decir, el trato directo de las clases altas con los más abandonados de la sociedad.

El acercamiento a los humildes se hacía principalmente por medio de los catecismos a los niños de los barrios periféricos, que tenían sus momentos culminantes en las primeras comuniones y en los repartos de

dolid 1881-1991, Valladolid 1981, p. 197, 200. C. LÓPEZ PEGO, *op. cit.*, p. 155.

⁶ E. RIVERA VÁZQUEZ, *Colegio Apóstol Santiago. Historia de una larga peregrinación*, 1993, p. 220.

premios al fin del curso; y por medio de las visitas a los enfermos de los hospitales y a los ancianos de los asilos. Las crónicas suelen ponderar los resultados positivos que aquellos contactos tenían para los beneficiados y para los benefactores. Eran contactos que se realizaban dentro de los esquemas verticales, de arriba abajo, pero al menos establecían puentes de conocimiento y simpatía entre sectores alejados y hostiles.

Desde finales del XIX los catecismos en los barrios fueron una de las actividades más fecundas de los congregantes universitarios o Luisés; ya entrado el siglo XX lo practicaron también los congregantes mayores de algunos colegios. Fue una práctica que persistió en los primeros años de la posguerra, con una intensidad y fervor hasta entonces desconocidos.

Juicio y contexto de las actitudes paternalistas. De lo dicho hasta ahora se puede deducir que los jesuitas del XIX y principios del XX se preocuparon de la cuestión social, intentaron remediarla con instituciones benéficas y educativas, y procuraron que los colegiales socorrieran a los marginados y los conocieran y trataran. ¿Lo hicieron de manera suficiente?

Tenemos un testimonio muy expresivo de un gran apóstol social, el

P. Sisinio Nevares. Al P. Nevares le parecía que la acción social de los jesuitas en general era insuficiente, teniendo en cuenta la gravedad del problema en la España de los años veinte y la profunda descristianización que estaban padeciendo los

*En total, había 26 colegios
de bachillerato en 1976;
aquel año los jesuitas
dirigían 39 escuelas
profesionales*

obreros. Su carta al P. Asistente Barrachina no puede ser más clara al respecto (Valladolid, 12 de febrero de 1920). Hay en ella dos denuncias sobre el apostolado social de los jesuitas en general y de los colegios en particular: 1.º Los jesuitas se preocupan poco de la formación de los obreros. «Los obreros no son atendidos por los nuestros, quienes se preocupan poco de su formación espiritual y social y de la educación de ellos y de sus hijos». «Creo que son muy provechosos y excelentes nuestros colegios para las clases altas; en estos tiempos deberíamos también atender en las ciudades a establecer Centros de juventudes, Escuelas profesionales, Congregaciones marianas para los jóvenes

obreros, si queremos salvar al pueblo y a la sociedad como es nuestro deber». 2.º Lamenta la falta de formación social cristiana de los patronos, por parte de los religiosos y sacerdotes. «En nuestros colegios, donde acuden los hijos de los ricos y poderosos en gran número (...) pocas veces se enseña a los jóvenes la forma de conducirse cristianamente en sociedad; y estos discípulos nuestros, que debían ser las autoridades sociales, salen de los colegios sin conocimiento de los problemas sociales, sin celo para trabajar en los asuntos que más preocupan a los hombres, sin afición a las obras sociales católicas, sin saber decir lo que es el socialismo y cómo se le combate en teoría y en práctica»⁷.

Acaso el P. Nevares cargó demasiado las tintas, para producir la reacción que él deseaba en las jerarquías de la Orden. Azaña dirá en 1931 que España había dejado de ser católica. Desde otra perspectiva el cardenal Gomá coincidía, en parte, con ese diagnóstico al decir que España era católica, pero poco. Las insatisfacciones del P. Nevares iban por ahí: los jesuitas se preocu-

pan de la cuestión social, pero poco; tenían escuelas elementales y nocturnas para hijos de obreros, pero faltaban centros para su formación profesional y social; y en los colegios no se educaba socialmente a los ricos.

Hay que juzgar los comportamientos paternalistas desde las mentalidades imperantes en aquel período y desde los miedos y recelos de una época convulsa. Algunos historiadores de los colegios han señalado con acierto que el enfoque social que se daba en ellos estaba muy ligado a condicionamientos ambientales, económicos y sociopolíticos⁸.

El paso gradual desde el paternalismo a la solidaridad

Se puede observar cómo desde 1940 se incrementa la conciencia social y se van creando algunas instituciones educativas populares. El régimen de Franco restableció la Compañía de Jesús. En sus colegios se impuso un ambiente de exaltación religiosa y patriótica. Javier Domínguez, antiguo alumno de Areneros en los años cuarenta, ha criticado en un libro algunos aspectos de la enseñanza de los jesuitas durante la

⁷ Carta de Nevares a Barrachina en Q. ALDEA, J. MARTÍN TEJEDOR y J. GARCÍA GRANDA (eds.), *Iglesia y sociedad en la España del siglo XX. Catolicismo Social. Tomo II. 1918-1920*, Madrid 1987, pp. 680-694.

⁸ E. LULL, *op. cit.*, pp. 496-514 y 563. E. RIVERA, *op. cit.*, p. 480.

postguerra. Su relato se abre con un capítulo titulado «La educación que hemos recibido en un colegio de pago», donde censura, sobre todo, la ideología y los comportamientos propios de la clase dominante, que se expresaban en el nacionalcatolicismo y en el burgués-catolicismo, «que consiste en el afianzamiento de la doctrina burguesa con argumentos religiosos y católicos; en la defensa de la sociedad clasista actual y de su orden, no por motivos científicos, sino por motivos religiosos»⁹. La denuncia es más una caricatura que un retrato, pero ahí queda como testimonio de algunas características de los colegios de bachillerato en los años cuarenta, cincuenta y aun sesenta, menos elitistas que los de antes de la guerra, pero clasistas al fin. Críticas parecidas han recibido los colegios de Barcelona¹⁰.

Afianzamiento de la conciencia social. Sin embargo, el cambio en la

manera de actuar de muchos jesuitas y sacerdotes en el tema social se dejó sentir de forma ostensible después de la guerra. A pesar del nacionalcatolicismo imperante, el varapalo de la guerra y la miseria de la posguerra favoreció la «metanoia» o conversión social de muchos jesuitas y la búsqueda de soluciones de urgencia a las situaciones de pobreza. Lo importante al principio era actuar, sanar las heridas de tantos samaritanos, aprovechando todo lo que podía ayudar a superar las necesidades más urgentes, admitiendo las limosnas tradicionales paternalistas y las ayudas oficiales de las instituciones. En seguida surgieron hombres e iniciativas admirables.

Desde principios de los años cincuenta aumentó el interés por lo social entre los jesuitas jóvenes. La sociología interesaba tanto o más que la filosofía o la teología. Los «maestrillos» preferían, por lo común, ser destinados a las escuelas profesionales antes que a los colegios. Los jesuitas más admirados eran los que trabajaban en la brecha del apostolado social, los dirigentes de la JOC o la Vanguardia, los que, como el P. Llanos, se iban a vivir en las chabolas del Pozo del Tío Raimundo (1955), los sacerdotes obreros, o los que se insertaban en el sindicalismo de izquierdas como J. N. García Nieto en Barcelona.

⁹ J. DOMÍNGUEZ, *Enseñanza católica para una generación. Víctima y testigo*, Madrid 1979, p. 38.

¹⁰ I. VILA, *Sant Ignasi (Sarrià). Història d'un col·legi centenari*, Barcelona 1955, pp. 152-154. J. M. CUENCA TORIBIO, «La imagen literaria de los jesuitas de la posguerra», *Catolicismo contemporáneo de España y Europa*, Madrid 1999, pp. 113-131 (aduce juicios negativos de C. Barral y S. Pániker, y visiones más favorables de J. Gomis, Linati y Ravenós).

Educación social de los alumnos teórica y práctica. En el plano socioeducativo las cosas iban más lentas. ¿De qué manera se procuraba concienciar a los alumnos en el problema social? Habría que distinguir la enseñanza teórica y la enseñanza práctica.

En el plano teórico seguía habiendo un desconocimiento de la sociología en general y aun de la doctri-

los efectos de las escuelas profesionales fueron muy saludables. Pusieron a los jesuitas en contacto directo con las clases populares, y facilitaron, en años sucesivos, la paulatina integración de dos ámbitos pedagógicos antes separados

na social de la Iglesia; pero a partir de los años cincuenta empezó a darse en los colegios formación social, de manera un tanto esporádica, pues no existía en los planes de bachillerato. En 1951, por ejemplo, el P. Valentín García, rector del colegio San José de Valladolid, suprimió por su cuenta y riesgo las clases de Griego y las substituyó por

charlas de sociología que daba él mismo, con mucha convicción y elocuencia, por cierto. En aquella formación influyó mucho el excelente manual de los PP. Carlos Giner y Dionisio Aranzadi. Es un libro atractivo y valiente; más que un manual es una guía, que introduce al alumno de manera directa en las cuestiones sociales más candentes¹¹. En los años sesenta se pasa de la inopia al conocimiento, del paternalismo al compromiso.

En cuanto a la enseñanza práctica de actitudes sociales a los colegiales, puede decirse que hasta los años sesenta (o hasta bien entrados los años cincuenta) seguían realizándose las mismas acciones benéfico-sociales de antes de la guerra, como parte integrante de la formación religiosa. El acercamiento a los marginados seguía realizándose sobre todo en las catequesis de los congregantes en las barriadas. Y sin embargo, algo había cambiado ¿Qué había cambiado? Probablemente la intensidad, autenticidad y sacrificio con que los chicos acudían a esos catecismos. En Barcelona y en Madrid fue donde se tomaron más en serio.

¹¹ C. GINER y D. ARANZADI, *En la escuela de lo social. Manuel de formación social para la juventud*, Bilbao 1958. Otras ediciones en 1959 y 1962, y reelaboración con el título *Lo social y yo*.

Después de la guerra la acción más significativa de los congregantes de Sarriá pasó a ser el catecismo en barriadas¹². Y lo mismo sucedía en Madrid en el colegio en Areneros, de donde nos ha llegado un testimonio precioso de la catequesis de Entrevías escrita por su prefecto, José Gómez Caffarena, que entonces tenía 16 años.

Entrevías era entonces uno de los suburbios más abandonado de Madrid, con una población hundida en la miseria. Las fotos que acompañan al reportaje son de un realismo descarnado. Se ve a un par de congregantes saliendo encorvados del colegio de Areneros con dos sacos de pan al hombro; a un catequista, bien peinado y trajeado, sentado en tierra junto un niño harapiento; a otro explicando el cartel colgado de un muro en ruinas a un grupito de niños y niñas, algunos con las bolsas de carbonilla que habían cogido en la vía. La primera labor de los catequistas era de captación, pues al principio los niños huían y tiraban los caramelillos que les daban. «Al principio, más que enseñarles nada de memoria, quisimos darles lecciones prácticas con el lenguaje de las obras, metiéndoles por los ojos que aquellos señoritos de Madrid, contra quienes tanto habían oído hablar y a quienes tanto habían aprendido a odiar, sabían amarles y quererles de verdad, se mezclaban con

ellos, comprendían su hambre, su frío y su miseria y hasta se quedaban, ahondando en el bolsillo, sin los céntimos necesarios para la vuelta a Madrid en el Metro». La chiquillería fue aumentando poco a poco, gracias al «olorcillo del balón», y al reparto de naranjas, higos, castañas y caramelos que los catequistas compraban con los ahorrillos de cada semana. El cronista explica los frutos obtenidos en los niños, pero destaca sobre todo la lección aprendida por los catequistas. «¡Entrevías! ... Tu nos has enseñado, con lenguaje mudo, la gran lección de nuestro Maestro Jesús para repartir a tus pequeñuelos el pan de la Verdad y de la Caridad»¹³. Esta manera de actuar se mantiene en los años siguientes¹⁴.

Cambio institucional. Después de la guerra los jesuitas reanudaron la

¹² I. VILA, *op. cit.*, pp. 160-162. F. J. CARMONA, *La Compañía de Jesús y el liderazgo católico en la Barcelona de los cuarenta*, Granada 1994, pp. 193-198.

¹³ J. GÓMEZ CAFFARENA, «Catequesis de Entrevías»: *Congregación de la Inmaculada para alumnos de 4.º, 5.º, 6.º y 7.º de Bachillerato (I.C.A.I.). Memoria del curso escolar 1940-1941*, pp. 55-72.

¹⁴ «Bilbao. Colegio de Indauchu. Labor social de los alumnos»: *Noticias de la Provincia de Castilla Occidental*, n.º 9 (abril 1953), pp. 377-379. Interesante crónica sobre las catequesis, limosnas y visitas a familias pobres que realizaban los congregantes de ese colegio.

enseñanza en los colegios de bachillerato devueltos por el régimen de Franco. El cuadro de los colegios de bachillerato se aumentó con otros seis fundados después de la guerra en Palma de Mallorca (1939), Pamplona (1946), Burgos (1956), Logroño (1956), Raimat y La Coruña (1965). Alicante y León deben considerarse como traslados de Orihuela y de la escuela apostólica de Carrión. En total, había 26 colegios de bachillerato en 1976.

Aquel año los jesuitas dirigían 39 escuelas profesionales. La gran novedad estaba, por tanto, en la fundación de escuelas profesionales, que empezaron a funcionar después de la guerra no como apéndices benéficos de los colegios, sino como centros autónomos y bien equipados, y no dirigidos de lejos por un jesuita (como en las antiguas escuelas diurnas o nocturnas), sino asistidos por una comunidad entregada exclusivamente a la obra social. Las escuelas profesionales nacieron generalmente en instalaciones modestas promovidas por algún jesuita carismático, amante de los pobres, como el P. Cid en Valladolid, el P. Villoslada en Andalucía, el P. Arregui en Burgos, a los que hay que añadir los fundadores de ciudades de los muchachos como el P. Máximo González con el Hogar de San José en Gijón, o el P. Francisco Fontova con las escuelas de Nazaret en Alicante.

Lo que comenzaba con unos talleres improvisados iba creciendo, como grano de mostaza, hasta convertirse en centros politécnicos con toda clase de especialidades. Así empiezan a surgir, en los años cuarenta las escuelas de Jesús Obrero de Vitoria, Cristo Rey de Valladolid, Escuelas del P. Aramburu en Burgos.

La institución socioeducativa más original y completa es la SAFA de Andalucía, iniciada en 1940 por el P. Rafael Villoslada¹⁵. Fue una obra singular en la Andalucía de la posguerra, hambrienta de paz y de justicia, dirigida por los jesuitas, que no son dueños sino colaboradores entre una gran mayoría de profesores seculares. Hoy la SAFA tiene 26 centros con 28.810 alumnos y ha merecido el reconocimiento de todos los gobiernos andaluces. Los efectos de las escuelas profesionales fueron muy saludables. Pusieron a los jesuitas en contacto directo con las clases populares. Y facilitaron, en años sucesivos, la paulatina integración de

¹⁵ M. BERMUDO DE LA ROSA, *SAFA, medio siglo de educación popular en Andalucía. Historia de las Escuelas Profesionales de la Sagrada Familia 1940-1990*, Universidad de Jaén 1996. Recuerdos autobiográficos en la novela de MICHEL DEL CASTILLO, *Tanguy, historia de un niño de hoy* (1.ª ed. francesa 1957, ed. española con introducción de A. Muñoz Molina, Vitoria 1999).

dos ámbitos pedagógicos antes separados. Escuelas y colegios, que al principio atendían a clientelas distintas, se convirtieron en elementos integradores. Hay casos, como el de Valencia, en que la escuela asimila al colegio para dar lugar a un centro común.

¿Cómo explicar este cambio de orientación? Los jesuitas se sintieron movidos a llenar las ausencias y deficiencias que habían tenido en este campo antes de la guerra. Se añadió el cambio de mentalidades y criterios especialmente entre los jóvenes. A lo que se añadió la convicción (expuesta veinte años antes por el P. Nevares) de que la educación de la juventud de los sectores populares y obreros era el medio más factible y eficaz para la acción social.

A la vista de estos cambios en los años cuarenta al sesenta, ¿cómo entender la reprimenda del P. Arrupe en el congreso de Antiguos Alumnos en Valencia en 1973? En aquella ocasión dijo: «¿Os hemos educado para la justicia? ¿Estáis vosotros educados para la justicia? Respondo: Sí al término justicia, y a la expresión educación para la justicia le damos toda la profundidad de que hoy la ha dotado la Iglesia, creo que tenemos que responder los jesuitas con toda humildad que no; que no os hemos educado para la

justicia, tal como hoy Dios lo exige de nosotros»¹⁶.

La denuncia es un puñado de sal en los ojos, al estilo de Unamuno, para suscitar una reacción. Contiene la confesión humilde de una grave omisión, que recae en los educadores y educandos anteriores a los años sesenta: «no os hemos educado para la justicia». Aunque hay una matización que relativiza la acusación. La Iglesia (y la Compañía) entiende ahora la justicia de manera más exigente a como la entendía en tiempos pasados.

Razón no le faltaba al P. Arrupe; pero sería injusto desconocer lo que se había hecho en tiempos anteriores, nada fáciles. Con todas sus deficiencias y lastres paternalistas, la dedicación y educación social de muchos jesuitas en los años de posguerra (años cuarenta y cincuenta) señalaban ya el cambio de rumbo que recibió el respaldo oficial a partir del Concilio y de las Congregaciones Generales arrupianas (XXXI de 1965 y XXXII de 1975). Los precedentes de la acción educativa de corte solidario crearon el terreno abonado para asumir los deberes sociales como un compromiso. Los cambios eclesiales en el Concilio, al

¹⁶ «La promoción de la justicia y la formación de las Asociaciones de A.A.»: *Información S. J.* 27 (1973), p. 230.

igual que los que se dieron en la Compañía en general y en la pedagogía en particular, no surgieron por generación espontánea, sino que fueron la eclosión de fermentos anteriores creados desde abajo.

Del paternalismo al compromiso

El fin doble de la Compañía, «la mayor gloria de Dios y ayuda de las ánimas», se ha realizado, a lo largo de la historia, con tres acentos pedagógicos acordes con las urgencias de cada época: Fe y Humanismo (antigua Compañía, *Ratio Studiorum*), Fe y Razón (finalidad apologética en colegios del XIX y primera mitad del XX), Fe y Justicia (inspiración solidaria de la Compañía actual, que se expresa en la consigna del «servicio de la fe y la promoción de la justicia»).

El cambio de actitud triunfó en los años setenta gracias a la coexistencia de dos hechos: las orientaciones pedagógicas oficiales de la Compañía y las nuevas realidades sociales, económicas y pedagógicas que se implantaron en España, antes de la democracia, desde los últimos años del franquismo.

Las orientaciones pedagógicas aparecen en numerosas consignas, declaraciones y orientaciones que no es el momento de enumerar. Tienen como base las declaraciones concilia-

res y doctrinas pontificias (*Mater et Magistra* de Juan XXIII, *Populorum Progressio* de Pablo VI, etc.), a las que se añaden, para la Compañía, las declaraciones de las últimas Congregaciones Generales y de los Padres Generales Arrupe y Kolvenbach.

El P. Arrupe dedicó numerosas cartas a la enseñanza, señalando nuevas directrices: «sin miedo ninguno a las transformaciones psicológicas, culturales y sociales que se están produciendo hoy en el mundo a ritmo acelerado» (1965). El acento social del nuevo rumbo quedó formulado en la CG 32 (1975) en el decreto 4.º sobre el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Por justicia se entiende una acción apostólica que opta por la mayor inserción en el mundo, mayor colaboración entre todos los miembros de la Iglesia, solidaridad con todos y preferencia por los más pobres y marginados, transformación pacífica de las estructuras sociales injustas. El P. Kolvenbach ha mantenido estos principios en numerosas ocasiones.

Entre los mensajes del P. Arrupe conviene destacar las alocuciones en la inauguración y clausura del simposio de Roma, en septiembre de 1980, en el que se plantean dos cuestiones fundamentales: la colaboración con los seglares, que implica la extensión de la comunidad

educativa (que ya no es exclusiva de los jesuitas, sino estrechamente compartida con los padres de los alumnos, los profesores y cuantos colaboran en los centros de enseñanza); y la intensificación de una educación en servicio de la fe y promoción de la justicia, con el fin de formar alumnos que sean hombres de servicio según el Evangelio, hombres para los demás, abiertos al tiempo y al futuro¹⁷.

En los últimos años, durante el Generalato del P. Kolvenbach, se han publicado dos documentos pedagógicos muy importantes, que han sido considerados como la nueva *Ratio Studiorum* de los jesuitas para nuestro tiempo: *Características de la educación de la C. de J.* (1986) y *Pedagogía Ignaciana. Un planteamiento práctico* (1993). En ambos documentos se contienen amplias directrices teóricas y concreciones prácticas sobre la «educación al servicio de la fe que realiza la justicia»¹⁸.

¹⁷ Referencias y comentarios a los textos aludidos del P. Arrupe en nuestro libro *Once calas en la Historia de la Compañía de Jesús. «Servir a todos en el Señor»*, Madrid 2006, pp. 86-93.

¹⁸ *Características*. 5. La acción, n.º 71-90. *Pedagogía*, n.º 15-22.

En el caso de España hay que reconocer que los cambios sociales y las circunstancias favorables creadas por la legislación civil han ayudado a enderezar nuestros colegios por los caminos de la solidaridad y la justicia. La ley de Educación de 1970, que reorganizó la EGB, ayudó a igualar las escuelas profesionales y los colegios en el plano pedagógico; y además, al posibilitar la subvención estatal, favoreció el interclasicismo del alumnado en los centros que hasta entonces habían sido «colegios de pago». Los colegios de la Compañía se convirtieron en centros concertados, con lo que se derribaron las barreras económicas antiguas y se puso fin al antiguo clasismo. Las estadísticas de aquellos años ofrecen datos muy elocuentes al respecto. La ley favoreció también la creación de pequeños colegios de Enseñanza General Básica. A partir de los años setenta se podía hablar de unos colegios distintos a los antiguos, o al menos cambiados, en los aspectos sociológicos que acabamos de indicar (más atención a las clases populares y superación del elitismo). A estos cambios institucionales deberá acompañar una pedagogía social hacia los nuevos marginados de nuestra sociedad actual. ■



Pilar de la Fuente:
Serie «primavera»
Cera sobre cartón, 12 x 8